

El ángel exterminador

El juez
Borgues





Las enormes miniaturas

Luego del gran éxito de "Infancia es destino", el fotógrafo Santiago Tassier fue convocado por los integrantes del Museo del Estanquillo, formado principalmente con la colección particular del maese Carlos Monsiváis, para retratar parte de las muy notables miniaturas del acervo de tal museo. El resultado: entrañable.

Sin ningún retoque, a placa directa, las 22 fotografías son un cúmulo de las únicas palabras que Carlos Monsiváis le dirigió a Tassier mientras tomaba las fotografías: "Estás haciendo una difamación a la miniatura", Tassier, haciendo alarde de su manejo fotográfico, presenta fotografías análogas, tomadas en película (a la anti-güita, pues), para lograr una impresión en el inconsciente que no logran ya las cámaras digitales.

Muchas veces, lo más pequeño dice más que lo grande. El reto de poder ampliar lo que está a la mano reditúa al espectador lo cotidiano. A los que gustan de mandar grabar el nombre de la novia en el arrocito placero, las miniaturas les serán cercanas; a los que hacían embrujos en el gis de la primaria para que le diera retortijón de panza a la maestra golpeadora, las miniaturas serán como sus confesoras; a los que ponen el nombre de la suegra en las llaves que venden en el metro, las miniaturas son catárticas; a los que redujeron su cartilla en los ochenta para entrar a echar trago en la disco, las miniaturas les darán juventud. Para todos ellos, las miniaturas de Tassier no son nada nuevo. Acaso lo serán los objetos sacados de los bodegones de Monsiváis, donde los intrincados laberintos de su gusto por coleccionar llevan a toparse con minotauros múltiples.

Además, la miniatura es tan mexicana como el pozole rojo con sus rabanitos a medio lavar, porque gustamos de almacenar cosas. Los políticos tienen panteones enteros de guardaditos que esperan llevar al olvido. Las miniaturas son de fácil almacenaje para los que decimos tener "un desorden muy organizado": "en algún lugar de la casa están tus pagares, nomás

Santiago Tassier, fotógrafo preformal de los juguetes que todos jugamos, ataca con su nueva exposición "Difamación a la miniatura"

deja los encuentros". No es raro ver en las salas añejas las vitrinas ínfimas, con su cristalería pequeñita de zapattitos o peritos colles. Ya al final, las miniaturas son la materialización de esa característica señera del hablar mexicano de la que los demás hispanoparlantes se burlan o admiran: la necesidad de hablar en diminutivo, ya por cariño, ya por desprecio, ya por no poderle mentar la madre al interlocutor.

Queriendo pasar desapercibido, encontramos a Tassier con su hermosa hija miniatura (por edad).

¿Cómo fue la selección de las piezas a retratar?

Luego de ver miles de piezas en las bodegas del Museo y en la casa de Monsiváis, escogí las 22 miniaturas. No fue fácil, había que lidiar con muchas piezas de otros tipos, pinturas, fotografías, esculturas, artesanías; ni se diga de libros. La elección y el trabajo tardó casi un año.

Hay Cantinflas, guerreros prehispánicos, la Borola, el botón original de la campaña presidencial de Benito Juárez, una calaca de Posadas, ¿había una necesidad de identificar motivos nacionales?

No había de otra, el maestro Monsiváis tiene un orgulloso culto a lo nacional, especialmente a las artesanías finas. Sólo el Robin es extranjero ("el chiquito maravilla") y me imagino que se debe a su apreciación de los cómics como manifestación cultural. Logré representar las tres vertientes nacionales imprescindibles: lo prehispánico, lo religioso asimilado y lo lúdico. A mí lo que más me gusta es el humor mexicano, a veces tan morbido y a veces tan profundo.

¿Cuál es el humor de la foto "el diluntito"?

De entrada, es como *El Señor de los Cielos*, según lo fotografiaron los diarios de nota roja y los de alto análisis (nunca he sabido cuál es cuál, se me confunden). Aquella foto del supuesto Amado Carrillo bien pudo ser la de un indigente. Le puse una luz rasante, casi tétrica, para emular a aquel llustré desconocido, que hizo patria sin saberlo.

¿El muñeco que tiene en el pecho, es del santo Malverde?

No, es el papa del muñequito que está

tallado en el hueso de aguacate, la foto de "En agua... cuate". Ese niño aguacatero es la quintaesencia de lo burgués, es el auténtico catrinito: gordo como el hueso del aguacate.

La miniatura más munejable, curiosa, utilizable, es el luchadorcito, la foto de "con madero de luchador". ¿Cómo la tomaste?

Originalmente estaba guardada en un pequeño capelo de cristal, así que luego de muchos intentos infructuosos para fotografiarla así, tuve que aceptar que el palillo necesitaba tomar aire y, haciendo uso de mi pulso de neurocirujano para-plejico pude dejar en cueros al palillo, clavarlo en plastilina, tomar la foto y luego volver a guardarlo en el capelo.

El material de las miniaturas tiene mucho que ver. Como en los Cantinflas: el que está hecho de plomo se ve joven, con mucho desplante y aplomo, pero el de plástico es un Cantinflas viejo, moribundo, muy triste, como previendo la bronca de sus herederos.

Ese Cantinflas se arrugó como el mismo material. Estoy seguro que cuando lo fabricaron estaba muy contento. Es un plástico vudú.

A diferencia de tu anterior exposición, en esta sólo las piezas de motivos prehispánicos son maravillosas.

A mí todo me cuenta una historia, hasta Robin, "el chiquito maravilla". Me pregunto por cuántas manos de niños pasaron. Me remite a los patios de la escuela la-sallista donde unos éramos Batman y otros Robin.

¿Qué resultado ves en tu exposición?

Dentro de lo técnico de la obra, casi con las recetas tradicionales de la vieja escuela de fotografía, he logrado exaltar la nostalgia y las dioptrías del corazón del mexicano.

La exposición, en el Museo del Estanquillo, ubicado en Isabel la Católica 26, casi esquina con Madero, estará hasta mediados de mayo para dar paso a otro imprescindible: Guillermo del Toro. Por ahora, no se pierda la exposición de Tassier.

En las miniaturas que han dejado de serlo, el espectador terminará por encontrarse a sí mismo en esos pequeños pedazos de la propia infancia, donde todo lo minúsculo tiene características únicas que nos siguen para toda la vida. ■■